

## CAPÍTULO DOS

**E**l sol brillaba intensamente entre las brechas que dejaban los edificios, dibujando una trama de triángulos amarillos irregulares sobre las calles rotas. Kira Walker observó el lugar con cuidado, agachada junto a un taxi oxidado que estaba al pie de un profundo cañón urbano. Pasto, maleza y arbustos permanecían inmóviles en el asfalto agrietado. La ciudad estaba en perfecta quietud.

Sin embargo, algo se había movido.

Kira se puso el fusil de asalto al hombro, con la esperanza de ver mejor por la mira telescópica, pero luego recordó, por enésima vez, que la mira se le había roto en el derrumbe de la semana anterior. Maldijo y bajó el arma. *Apenas termine con esto, voy a buscar otra armería y cambiar esta basura.* Escudriñó la calle, tratando de separar formas y sombras; levantó nuevamente el fusil y volvió a maldecir por lo bajo. *Es difícil quitarse las viejas costumbres.* Agachó la cabeza y corrió hasta la parte trasera del taxi. A treinta metros había un camión de reparto a medio bajar de la acera; seguramente allí podría esconderse de lo que fuera (o de quien fuera) que anduviera por allí. Espió y, tras casi un minuto con la mirada fija en la calle inmóvil, apretó los dientes y echó a correr. No

hubo balas, estrépitos ni rugidos. El camión cumplió su cometido. Kira se ocultó tras él, apoyó una rodilla en el suelo y echó un vistazo más allá del parachoques.

Un antílope avanzó entre el matorral. Sus largos cuernos se curvaban hacia el cielo, mientras su lengua buscaba los brotes y plantas que crecían entre los escombros. Ella permaneció inmóvil, observando muy concentrada, demasiado paranoica para suponer que aquel antílope era lo que había visto moverse un momento antes. Arriba chilló un cardenal, y segundos después lo siguió otro: con sus copetes de un rojo encendido, giraban, se lanzaban en picada y se perseguían entre los cables de electricidad y los semáforos. El antílope mordisqueaba las hojitas verdes de un retoño de arce, en paz y sin prestar atención a lo que ocurría. Kira continuó observando hasta estar segura de que no había nada más, y luego miró otro poco, por las dudas. No estaba de más tener cuidado en Manhattan; la última vez que había estado allí la habían atacado los Parciales, y en este viaje, hasta el momento, la habían perseguido un oso y una pantera. El recuerdo la hizo detenerse, dar media vuelta y mirar hacia atrás. Nada. Cerró los ojos y se concentró, tratando de “sentir” si había algún Parcial cerca, pero no pudo. Nunca había logrado hacerlo de un modo reconocible, ni siquiera habiendo pasado una semana en contacto directo con Samm. Ella también era Parcial, pero era distinta: aparentemente, le faltaban el enlace y algunas otras características; además, envejecía y crecía como un ser humano normal. No sabía bien qué era, y no tenía a quién acudir en busca de respuestas. Tampoco tenía con quién hablar de ello: solo Samm y la demente científica Parcial, la doctora Morgan, sabían que ella era Parcial. Ni siquiera se lo había contado a su novio —y mejor amigo—: Marcus.

Kira se estremeció, inquieta, e hizo una mueca al sentir la incómoda confusión que siempre la invadía cuando se preguntaba sobre sí misma. *Eso es lo que vine a buscar, pensó. Respuestas a mis preguntas.*

Se volvió y se sentó en el asfalto roto. Se recostó contra el neumático desinflado del camión y volvió a sacar su libreta, aunque a esa altura ya había memorizado la dirección: Calle 54 y Lexington. Le había llevado semanas averiguar esa dirección, y varios días más llegar hasta allí entre las ruinas. Quizá estaba actuando con demasiada cautela...

Sacudió la cabeza. Era imposible tener *demasiada cautela*. Las áreas no colonizadas eran muy peligrosas para arriesgarse, y Manhattan lo era más que casi todas. Había optado por lo seguro y gracias a eso seguía con vida; no iba a descartar una estrategia que le había dado tan buen resultado.

Volvió a mirar la dirección y luego levantó la vista hacia los carteles deteriorados de las calles. Sin duda, estaba en el lugar indicado. Volvió a guardar la libreta en el bolsillo y levantó el fusil. Es hora de entrar.

Hora de visitar ParaGen.

El edificio de oficinas había tenido puertas de vidrio y ventanales del piso al techo, pero el vidrio no duró mucho desde el Brote, y ahora toda la planta baja estaba expuesta al viento y la lluvia. No era la sede central de ParaGen —esa estaba en el oeste, del otro lado del país— pero era algo. Se trataba de una sucursal financiera, ubicada en Manhattan solo para interactuar con las oficinas similares de otras corporaciones. Kira había tardado semanas en averiguar que existía esa oficina.

Avanzó con cuidado entre fragmentos de vidrio blindado y pequeños montículos de material de revestimiento exterior que se habían desprendido de los pisos superiores. Tras once años de abandono, el suelo estaba lleno de tierra, una capa suficientemente gruesa como para que empezaran a crecer la maleza y el pasto. Los asientos bajos, otrora tapizados con lustroso vinilo, estaban debilitados por el sol y la lluvia, y rasgados por lo que parecían garras de gatos. Un amplio escritorio que probablemente había servido de recepción, ahora estaba deteriorado y combado, aunque seguía siendo el epicentro de un montón de credenciales identificadoras de plástico amarillo desparramadas. En la

pared, una placa exhibía los nombres de las docenas de compañías que había en el edificio, y Kira recorrió la lista con la mirada hasta encontrar a ParaGen: en el piso veintiuno. Había tres ascensores en la pared que estaba detrás del escritorio; uno de ellos asomaba torcido dentro de su caja. Ella los ignoró y se dirigió a la puerta que daba a la escalera, en el rincón de atrás. Junto a la puerta había un sensor para cerradura magnética, pero sin electricidad no tenía sentido; el mayor problema serían las bisagras. Se apoyó contra la puerta y empujó, primero con suavidad para probarla, y luego con más fuerza al ver que las bisagras resistían. Por fin cedieron y pudo llegar a la altísima escalera.

—Piso veintiuno —suspiró—. No podía ser de otra manera.

Muchos de los edificios más viejos del mundo eran demasiado peligrosos como para intentar subir, devastados durante el primer invierno que siguió al Brote: se rompieron las ventanas, las cañerías estallaron y, al llegar la primavera, las habitaciones, los pisos y las paredes se llenaron de humedad. Tras diez ciclos de congelamiento y descongelamiento, las paredes estaban combadas; los techos, débiles y los pisos se desintegraban. Había moho en la madera y las alfombras, los insectos se metían en las grietas, y lo que había sido una estructura sólida era ahora una precaria torre de jirones y fragmentos; escombros que aún no habían caído, que esperaban un puntapié, un paso o que alguien alzara la voz para desmoronarse en el suelo. Sin embargo, los edificios más grandes, y especialmente los nuevos, como ese, eran mucho más duraderos: tenían un esqueleto de vigas de acero y en su interior, cemento sellado y fibra de carbono. La piel, por así llamarla, era débil: de vidrio, yeso y alfombras, pero el edificio en sí era robusto. La escalera donde se encontraba Kira estaba particularmente bien conservada, polvorienta pero no sucia; y el aire rancio le hizo preguntarse si habría quedado más o menos sellada desde el Brote. Eso le daba un ambiente espeluznante, como el de una tumba, aunque no se veía a nadie sepultado allí. Empezó a preguntarse si más arriba encontraría el cuerpo de alguien

que hubiera quedado encerrado en la escalera al ser vencido por el RM, pero llegó al piso veintiuno sin haber visto nada. Pensó en salir a buscar alguno, para satisfacer tanta curiosidad contenida, pero no. Ya había suficientes cadáveres en una ciudad de ese tamaño; en la calle, la mitad de los autos tenían esqueletos dentro, y en las casas y en las oficinas había millones más. Uno más o uno menos en esa escalera olvidada no cambiaría nada. Con esfuerzo y un chirrido de bisagras, Kira abrió la puerta y salió a la oficina de ParaGen.

No era la sede principal, claro; de esa había visto una foto algunas semanas antes: ahí estaban ella de niña, con su padre y su tutora, Nandita, de pie frente a un enorme edificio de vidrio contra unas montañas nevadas. Kira no sabía dónde quedaba. No recordaba que le hubieran tomado esa foto, y menos aún recordaba a Nandita antes del Brote, pero allí estaba. Kira tenía solo cinco años cuando se acabó el mundo, quizá apenas cuatro en la foto. ¿Qué significaba? ¿Quién era Nandita en realidad? Y ¿qué conexión tenía con ParaGen? ¿Acaso había trabajado allí? ¿Y su padre? Sabía que él había trabajado en una oficina, pero en esa época era demasiado pequeña como para recordar más. Si realmente era una Parcial, ¿acaso había sido un experimento de laboratorio? ¿Un accidente? ¿Un prototipo? ¿Por qué Nandita nunca le había dicho nada?

En cierto modo, esa era la pregunta más importante. Kira había vivido con ella casi doce años. Si la mujer sabía quién era ella, si lo había sabido todo el tiempo y jamás le había contado una palabra... A Kira no le agradaba nada la idea.

Sus pensamientos le provocaron desasosiego, tal como le había ocurrido en la calle. *Soy una falsificación*, pensó. *Un producto artificial que se cree una persona. Soy tan falsa como el acabado de imitación mármol de este escritorio.* Entró en la recepción y tocó el mueble descascarado: vinilo pintado sobre plástico prensado. Ni siquiera era natural, mucho menos real. Levantando la vista, se obligó a olvidar su inquietud y a concentrarse

en la tarea que le esperaba. La recepción era espaciosa para Manhattan: una sala amplia con sillones desvencijados tapizados en cuero y una estructura rocosa que probablemente había sido una cascada o fuente. La pared que estaba detrás del escritorio ostentaba un enorme logo metálico de ParaGen, el mismo que se veía en el edificio de la foto. Kira abrió su bolso, sacó la fotografía cuidadosamente doblada y comparó ambas imágenes. *Idénticos*. Guardó la foto y rodeó el escritorio para examinar los papeles que había allí esparcidos. Igual que la escalera, esta habitación carecía de ventanas al exterior y por eso había quedado resguardada de los elementos; los papeles estaban viejos y amarillentos, pero intactos y ordenados. La mayoría eran cosas sin importancia: guías telefónicas, folletos de la compañía y una novela que habría estado leyendo la recepcionista; se llamaba *Tè mataré por amor*, y en la cubierta tenía una imagen de una daga ensangrentada. Quizá no fuera la lectura más adecuada mientras se terminaba el mundo, pero por otro lado la recepcionista tal vez ni siquiera había estado allí durante el Brote. Seguramente había dejado su puesto cuando el RM empeoró, o cuando se liberó por primera vez, o incluso a comienzos de la Guerra Parcial. Kira dio unos golpecitos en el libro con el dedo y notó que el señalador estaba como a las tres cuartas partes. *Nunca llegó a enterarse de quién mataba a quién por amor*.

Echó otro vistazo a la guía telefónica y advirtió que algunas de las extensiones internas de cuatro dígitos empezaban con 1, y otras, con 2. ¿Tal vez la oficina ocupaba dos pisos? Hojeó la guía y en la última página encontró una sección de números más largos, de diez dígitos cada uno: varios comenzaban con 1303, y otros, con 1312. Sabía, por haber hablado con adultos que recordaban el viejo mundo, que aquellos eran códigos de área para distintas partes del país, pero no tenía idea de qué partes eran, y la guía tampoco lo decía.

Los folletos estaban apilados ordenadamente en una esquina del escritorio; sus portadas estaban adornadas con una doble hélice

estilizada y una imagen del edificio que aparecía en la fotografía de Kira, aunque tomado desde otro ángulo. Levantó uno para examinarlo mejor y vio que en el fondo había otros edificios similares, entre los cuales se destacaba una torre alta y maciza que parecía hecha de enormes cubos de vidrio. Al pie de la imagen, en letra cursiva, se leía la frase: “Mejorándonos continuamente”. Adentro había página tras página de fotos de sujetos sonrientes y textos que ponderaban las virtudes de las modificaciones genéticas: alteraciones cosméticas para cambiar el color del cabello o de los ojos; modificaciones médicas para eliminar una enfermedad congénita o reforzar la resistencia a otras; e incluso cambios estéticos para aplanar el abdomen o aumentar el busto, mejorar la fuerza o la velocidad, los sentidos o el tiempo de reacción de una persona. Las modificaciones genéticas habían sido tan comunes antes del Brote, que casi todos los sobrevivientes que vivían en Long Island las tenían. Hasta los hijos de la peste, los niños que habían sido demasiado pequeños para recordar cómo había sido la vida antes del Brote, habían recibido algunas mejoras genéticas al nacer. Era el procedimiento estándar en todo el mundo, y muchas de esas mejoras las había desarrollado ParaGen. Kira siempre creyó tener las modificaciones básicas que recibían todos los bebés, y ocasionalmente se había preguntado si tendría algo más. ¿Era buena corredora por el ADN de sus padres, o porque una modificación genética la había hecho así? Ahora sabía que se debía a que era una Parcial. Había sido fabricada en un laboratorio como un ideal de ser humano.

La segunda mitad del folleto hablaba directamente de los Parciales, aunque se refería a ellos como BioSintes, y había más “modelos” de los que Kira había esperado encontrar. Primero se presentaban los Parciales militares, más como un caso de éxito que como un producto disponible: un millón de pruebas de campo exitosas de aquella biotecnología especial. No se podía “comprar” un modelo de soldado, por supuesto, pero el folleto incluía otras versiones menos humanoides

con la misma tecnología: Perros Guardianes hiperinteligentes, leones de melena espesa amansados —lo suficiente como para tenerlos de mascotas—, y hasta algo llamado “Mi Dragón®”, que parecía una lagartija alada del tamaño de un gato doméstico. En la última página se promocionaban nuevas clases de Parciales: un guardia de seguridad basado en el modelo del soldado, y otros que se podían buscar en línea. *¿Eso es lo que soy? ¿Guardia de seguridad, esclava de amor o quién sabe qué tipo de basura asquerosa que vendía esta gente?* Releyó el folleto en busca de alguna pista que le revelara algo sobre sí misma, pero no había nada más. Lo arrojó a un lado y tomó el siguiente, pero resultó ser lo mismo con una portada distinta. Maldijo por lo bajo y arrojó ese también.

*Yo soy más que un producto en un catálogo, se dijo. Alguien me hizo por una razón. Nandita se quedó conmigo para cuidarme por algún motivo. ¿Seré una agente en espera de ser activada? ¿Un dispositivo de escucha? ¿Una asesina? La científica Parcial que me capturó, la doctora Morgan... cuando descubrió lo que era, estuvo a punto de estallar; se puso muy nerviosa. Es la persona más temible que he conocido, y el solo hecho de pensar en lo que yo podría ser la aterró.*

*Me hicieron por una razón, pero ¿esa razón es buena o mala?*

Fuera cual fuera la respuesta, no la encontraría en un folleto. Tomó otro de la pila y lo guardó en la mochila, por si alguna vez le servía; luego sujetó el fusil y se dirigió a la puerta más cercana. No era probable que encontrara nada peligroso a esas alturas, pero... aquel dragón del folleto la había puesto nerviosa. Jamás había visto uno vivo, ni un dragón ni un león ni nada de eso, pero no estaba de más tener cuidado. Aquello era la guarida misma del enemigo. *Son especies artificiales, se dijo, diseñadas para ser mascotas dóciles y dependientes. Nunca las vi porque están todas muertas, cazadas hasta la extinción por animales de verdad que saben sobrevivir en tierra salvaje.* Ese pensamiento la deprimió, y no contribuyó a aplacar sus temores. Aun así era probable que encontrara la habitación llena de cadáveres; había muerto tanta gente allí que la ciudad era prácticamente una tumba. Apoyó una mano en la puerta, se armó de valor y empujó.



Del otro lado la recibió un ambiente más fresco y oxigenado que el aire muerto del vestíbulo y las escaleras. Era un pasillo corto que daba a otras oficinas, y al final Kira vio largas hileras de ventanas rotas. Espió por la puerta de la primera oficina, que estaba abierta, trabada por una silla negra con rueditas, y contuvo el aliento, sorprendida, cuando un trío de golondrinas pardo-amarillentas levantó el vuelo súbitamente desde su nido, en un estante. Una brisa cálida que entraba por la ventana sin vidrios le rozó la cara y agitó los mechones de cabello que se habían soltado de la cola de caballo. Alguna vez esa habitación había tenido ventanas del piso al techo, de modo que ahora parecía una cueva en la pared de un acantilado, y Kira contempló con recelo las ruinas cubiertas de vegetación de la ciudad, allá abajo.

El nombre que figuraba en la puerta era DAVID HARMON, alguien que no tenía muchas cosas en su espacio de trabajo: un escritorio de plástico claro, una biblioteca cuyos libros estaban cubiertos por una costra de excremento de ave y una pizarra desvaída en la pared. Kira se cargó el fusil al hombro y entró, buscando alguna especie de registro que pudiera examinar, pero no había nada, ni siquiera una computadora, aunque de todos modos no le serviría sin electricidad para encenderla. Se acercó a los libros y trató de leer sus títulos sin tocarlos, y halló una hilera tras otra de guías financieras. Seguramente David Harmon había sido contador. Echó un último vistazo, con la esperanza de hallar una revelación a último momento, pero el lugar estaba vacío. Volvió a salir al pasillo y probó en la siguiente oficina.

Diez oficinas más tarde, aún no había encontrado nada que arrojará luz sobre sus interrogantes: un puñado de libros contables y algún que otro archivo, pero hasta esos estaban vacíos, o bien llenos de declaraciones de ganancias. ParaGen había acumulado una riqueza obscena; ahora Kira lo sabía con certeza, pero no sabía casi nada más.

La verdadera información estaría en las computadoras, aunque las oficinas parecían no tenerlas. Kira frunció el ceño, confundida,

porque todo lo que había oído acerca del viejo mundo le decía que usaban computadoras para todo. ¿Por qué allí no estaban aquellos monitores planos o las torres metálicas que había visto por todas partes? Suspiró con frustración, sabiendo que, aun si las hallaba, no sabría qué hacer con ellas. Había usado algunas en el hospital: medicomps, escáners y ese tipo de aparatos cuando un tratamiento o un diagnóstico lo exigía, pero principalmente máquinas destinadas a un solo propósito. En el viejo mundo las computadoras habían sido parte de una inmensa red capaz de comunicarse al instante con cualquier parte del planeta. Había de todo en las computadoras: desde libros y música hasta, aparentemente, los vastos planes que tramaba ParaGen. Pero en esas oficinas no había computadoras...

*Pero sí hay una impresora.* Se detuvo, con la mirada fija en una mesita que estaba en la última oficina del piso. Era una sala más grande que las demás, y en la puerta figuraba el nombre GUINEVERE CREECH, probablemente la vicepresidenta local o como fuera que se llamara en la escala jerárquica de la compañía. Había hojas en blanco desparramadas en el suelo, arrugadas y descoloridas por las lluvias que habían entrado por la ventana rota, y una pequeña caja de plástico sobre una mesita junto al escritorio. Kira la reconoció como una impresora; en el hospital había decenas de ellas, que ya no servían porque no tenían tinta, y una vez le habían encargado trasladarlas de un armario a otro. En el viejo mundo las habían usado para escribir documentos directamente desde una computadora, de modo que si en esa oficina había una impresora, tenía que haber habido también una computadora, al menos en otro tiempo. Levantó el aparato para examinarlo más de cerca: no tenía cable ni lugar dónde enchufarlo, lo cual significaba que era inalámbrico. Volvió a dejarlo en su sitio y se arrodilló para mirar debajo de la mesita; nada por allí. ¿Por qué alguien se había tomado el trabajo de retirar todas las máquinas? ¿Sería para esconder información cuando el mundo se destruyó? Sin duda, Kira no podía ser la primera persona

a la que se le había ocurrido ir allí; ParaGen había fabricado a los Parciales, nada menos, y era el experto mundial en biotecnología. Aun cuando no lo culparan por la Guerra Parcial, seguramente el gobierno lo habría contactado para buscar la cura del RM. *Suponiendo, claro está, que el gobierno no supiera que la cura estaba en los Parciales.* Kira apartó el pensamiento de su mente. No estaba allí para entretenerse con teorías conspiratorias, sino para descubrir información. ¿Acaso alguien se había llevado las computadoras?

Levantó la vista y examinó la habitación desde su posición en cuatro patas, y desde ese lugar vio algo que antes no había notado: un círculo negro brillante en el armazón metálico del escritorio. Movi6 la cabeza y el círculo pareció encenderse y apagarse según le diera la luz. Sorprendida, se puso de pie y sacudió la cabeza al comprender lo simple que era todo aquello.

Los escritorios *eran* las computadoras.

Ahora que lo entendía, le resultaba obvio. Los escritorios de plástico claro eran réplicas casi exactas, a mayor escala, de la pantalla del medcomp que ella usaba en el hospital. El cerebro –la CPU, el disco rígido y la computadora en sí– estaban empotrados en el armazón de metal negro, y al encenderlo, todo el escritorio se encendería con pantallas táctiles, teclados y otros dispositivos.

Kira volvió a arrodillarse para examinar la base de las patas del armazón metálico, y lanzó una exclamación de triunfo cuando encontró un cable negro y corto enchufado en un tomacorriente que había en el suelo. Al oírla, otra bandada de golondrinas levantó vuelo y se alejó. Ella sonrió, pero no era realmente un triunfo: si no podía encenderlas, de nada le servían. Necesitaría un cargador, y no había empacado uno al marcharse de East Meadow con tanta prisa; se sintió una tonta por haberlo olvidado, pero ya nada podía hacer. Tendría que tratar de conseguir uno en Manhattan, quizá en una ferretería o en alguna tienda de artículos electrónicos. Desde el Brote, la isla se consideraba

demasiado peligrosa como para recorrerla y, por eso, la mayor parte todavía no había sido saqueada. Aun así, tampoco le agradaba la idea de subir cargando un generador de más de veinte kilos por la escalera hasta el piso veintiuno.

Dio un suspiro largo y lento, tratando de ordenar sus pensamientos. *Necesito averiguar lo que soy. Necesito saber cuál es la conexión de mi padre y de Nandita con esto. Debo encontrar al Consorcio.* Una vez más, sacó la foto, la de ellos tres de pie frente al complejo de ParaGen. Alguien había escrito un mensaje en la foto: *Busca al Consorcio.* Kira ni siquiera sabía con exactitud qué era el Consorcio, y menos aún cómo encontrarlo. Para el caso, tampoco sabía quién le había dejado la foto con ese mensaje, aunque por la letra supuso que había sido Nandita. Las cosas que desconocía parecían pender sobre ella como un enorme bulto pesado. Cerró los ojos, tratando de respirar profundamente. Había puesto todas sus esperanzas en esta oficina, la única parte de ParaGen adonde podía llegar, y era agobiante estar allí y no encontrar nada que le sirviera, ni siquiera otra pista.

Se puso de pie y se acercó rápidamente a la ventana para tomar aire. Abajo se extendía Manhattan, mitad ciudad y mitad selva, una enorme masa verde de árboles ávidos y edificios en ruinas, cubiertos de enredaderas. Era todo tan *grande*, de un tamaño abrumador...Y eso era apenas la ciudad; más allá había otras ciudades, otros estados y otras naciones, continentes enteros que ella no había visto jamás. Se sintió perdida, exhausta por la imposibilidad de encontrar siquiera un pequeño secreto en un mundo tan inmenso. Observó pasar una bandada de aves, ajenas a ella y sus preocupaciones; el mundo se había acabado y estas ni se habían dado cuenta. Si desapareciera la última de las especies pensantes, el sol seguiría saliendo y las aves seguirían volando.

¿Qué significaba realmente su éxito o su fracaso?

Entonces Kira irguió la cabeza, apretó la mandíbula y dijo en voz alta:

—No voy a darme por vencida. No importa qué tan grande sea el mundo. Simplemente tengo más lugares donde buscar.

Se volvió hacia la oficina, se acercó al archivo y abrió el primer cajón. Si el Consorcio tenía algo que ver con ParaGen, quizá algún proyecto especial relacionado con el liderazgo Parcial, como había sugerido Samm, esa sede financiera debía haber tenido que procesar dinero para ello tarde o temprano, y tal vez hubiera allí algún registro de eso.

Limpió el polvo de la pantalla del escritorio y comenzó a sacar carpetas del archivo y a revisarlas línea por línea, concepto por concepto, pago por pago. Cuando terminaba con una carpeta, la dejaba en el suelo en un rincón y empezaba con una nueva; así pasó hora tras hora, y se detuvo solamente cuando oscureció demasiado como para seguir leyendo. El aire nocturno estaba frío y Kira pensó en encender una pequeña fogata —sobre uno de los escritorios, donde pudiera contenerla—, pero decidió no hacerlo. En la calle las fogatas eran fáciles de esconder de quien pudiera estar vigilando, pero una luz a esa altura sería visible desde varios kilómetros a la redonda. Optó por retirarse a la recepción, cerrar todas las puertas y colocar su bolsa de dormir al abrigo del escritorio. Abrió una lata de atún y la comió en silencio y a oscuras, tomando el contenido con los dedos y simulando que era sushi. Durmió con un sueño ligero, y al despertar por la mañana se puso inmediatamente a trabajar y siguió revisando los archivos. A media mañana por fin encontró algo.

“Nandita Merchant”, leyó, con un sobresalto después de tanto buscar. “Cincuenta y un mil ciento doce dólares pagados el 5 de diciembre de 2064. Depósito directo. Arvada, Colorado.” Era una nómina enorme, que parecía abarcar a todos los empleados de la multinacional.

Kira frunció el ceño y releyó la línea. No decía cuál era su puesto, sino solo que le habían pagado, y no tenía idea de lo que eso representaba: ¿sería el sueldo de un mes o de un año? ¿Honorarios por un trabajo específico? Regresó a los libros contables, buscó uno del mes anterior y lo revisó rápidamente hasta encontrar el nombre de Nandita. “Cincuenta y un mil ciento doce dólares el 21 de noviembre”, leyó,

y vio lo mismo el 7 de noviembre. *Entonces es un sueldo quincenal, o sea que por año ganaba... como un millón doscientos mil dólares. Eso parece mucho.* No tenía ningún marco de referencia para juzgar los sueldos del viejo mundo, pero al examinar la lista vio que la de Nandita era una de las cifras más altas.

—Conque era uno de los peces gordos de la compañía —pensó en voz alta—. Ganaba más que la mayoría, pero ¿qué hacía?

Quería buscar a su padre, pero ni siquiera sabía su apellido. Su propio apellido, Walker, era un apodo que le habían puesto los soldados que la habían encontrado después del Brote, pues había caminado varios kilómetros por una ciudad vacía, en busca de comida. “Kira, la Caminante.”<sup>1</sup> Entonces era tan pequeña que no recordaba su apellido ni dónde trabajaba su padre, ni siquiera en qué ciudad vivían...

—¡Denver! —exclamó, al recordar súbitamente el nombre—. Vivíamos en Denver. Eso estaba en Colorado, ¿no?

Volvió a mirar el registro de Nandita: *Arvada, Colorado*. ¿Eso estaría cerca de Denver? Dobló la hoja con cuidado y la guardó en su mochila, al tiempo que se prometía buscar luego alguna librería antigua que tuviera un atlas. Miró una vez más la nómina en busca del nombre de pila de su padre, Armin, pero los pagos estaban registrados por apellido, así que no valía la pena buscar entre las decenas de miles de personas que figuraban allí. A lo sumo, si encontrara su nombre confirmaría lo que la foto ya sugería: que Nandita y su padre habían trabajado en la misma sede de esa empresa. Pero no le diría a qué se dedicaban ni por qué.

Pasó otro día de investigación sin hallar nada que le sirviera, y en un arranque de irritación gruñó y arrojó la última carpeta por la ventana rota. Apenas lo hizo, se reprendió por hacer algo que pudiera llamar la atención de cualquiera que estuviera merodeando. Claro que eso no era muy probable, pero no era sensato tentar al destino. Se apartó de la ventana con la esperanza de que si alguien hubiera visto caer los papeles,

---

1. N.T.: Walker: caminante, en inglés.

lo atribuyera al viento o a la actividad de algún animal, y emprendió su siguiente proyecto: el segundo piso.

En realidad, era el piso veintidós, se recordó, mientras subía la escalera con pasos cansados hasta la siguiente puerta. Esta, extrañamente, estaba apenas cerrada, y al empujarla, Kira salió a un mar de cubículos. Allí no había recepción, solo un puñado de oficinas; el resto era espacio compartido y tabiques bajos. Observó que muchos de los cubículos tenían computadoras, o bien bases donde obviamente se podía conectar una máquina portátil. En este piso no había pantallas de avanzada en los escritorios, pero lo que más le interesó fueron los cubículos que tenían cables sueltos. Lugares donde debía haber computadoras, pero no las había.

Kira se detuvo y observó con cuidado el salón. Allí circulaba más viento que en el piso inferior, debido a una larga hilera de ventanas rotas y a la falta de paredes entre oficinas que frenaran la corriente de aire. De tanto en tanto, volaba algún papel o algún remolino de polvo entre las divisiones de los cubículos, pero Kira no les prestaba atención; en cambio, se concentró en los primeros seis escritorios. Cuatro eran normales —con monitores, teclados, organizadores y fotos familiares—, pero en dos de ellos faltaban las computadoras. No solo faltaban: los habían saqueado. El organizador y las fotos habían sido empujados a un lado o tirados al suelo, como si quien se había llevado las máquinas tuviera demasiada prisa para molestarse en preservar algo más.

Se agachó para examinar el escritorio más cercano, donde había un portarretrato derribado boca abajo. Se había formado una capa de polvo encima y alrededor de él, y con el tiempo y la humedad, habían surgido hongos en el polvo. No era nada sorprendente; después de once años de estar abiertos a la intemperie, la mitad de los edificios de Manhattan tenían una capa de tierra en su interior. Pero lo que le llamó la atención fue un pequeño tallo amarillo, como una brizna de pasto, que salía por debajo de la foto. Kira miró las ventanas, calculó el

ángulo y supuso que si durante algunas horas del día ese lugar recibía mucho sol, sería más que suficiente para nutrir una planta. Había otras briznas de pasto alrededor, pero esa no era la cuestión. Era la forma en que el pasto crecía debajo de la foto.

Levantó la fotografía y la apartó, con lo cual quedó al descubierto una pequeña masa de escarabajos, hongos y pasto corto y seco. Se sentó, boquiabierto, estupefacto por lo que aquello implicaba.

La foto había sido derribada *después* de que el pasto había empezado a crecer.

El hecho no había sido reciente. Había suficiente suciedad sobre el portarretrato y en sus bordes, lo que demostraba que llevaba varios años así. Pero no once. El Brote se había iniciado y acabado, el edificio había sido abandonado, se habían acumulado tierra, hierbas, y *después* habían saqueado el cubículo. ¿Quién podría haber sido? ¿Humano o Parcial? Kira examinó el espacio debajo del escritorio y encontró otro puñado de cables, pero ningún indicio de quién se había llevado las máquinas. Se dirigió al siguiente cubículo que había sido saqueado y halló restos similares. Alguien había subido al piso veintidós, había robado dos computadoras y las había cargado escaleras abajo.

¿Por qué alguien haría eso? Se sentó, perpleja por las posibilidades. Si alguien quería información, seguramente era más fácil bajar la escalera con las computadoras que subirla con un generador. Pero ¿por qué esas dos y ninguna otra? ¿Qué tenían de especial? Volvió a mirar a su alrededor y notó con asombro que esos dos cubículos eran los más cercanos al ascensor. Eso tenía menos sentido aún que todo lo demás: después del Brote, no había electricidad para que funcionaran los ascensores. Esa no podía ser la razón. Ni siquiera había nombres en las paredes de los escritorios; si alguien había apuntado específicamente a esas dos máquinas, debía conocer la compañía desde adentro.

Kira se puso de pie y recorrió el piso entero, lentamente, en busca de cualquier cosa que pareciera fuera de lugar o saqueada. Descubrió que



faltaba una impresora, pero no logró discernir si se la habían llevado antes o después del Brote. Cuando terminó con el área central, recorrió las pocas oficinas que había contra la pared del fondo, y ahogó una exclamación de sorpresa al descubrir que una de ellas había sido completamente desvalijada: faltaba la computadora, los estantes estaban vacíos, todo. Había suficientes restos corporativos para ver que había sido una oficina en pleno funcionamiento, con teléfono, cestos de basura y varias pilas de papeles, pero nada más. Además, tenía más estantes que las demás oficinas, todos desocupados. Se preguntó cuánto, con exactitud, habrían robado de allí.

Se detuvo con la mirada fija en el escritorio vacío. Había algo más que era diferente en esta oficina, algo que no lograba identificar. Vio un pequeño organizador de escritorio en el suelo, igual que en los cubículos, lo que implicaba que había sido saqueada con la misma rapidez y ansiedad. Quienquiera que lo hubiera hecho habría tenido muchísima prisa. Los cables sueltos colgaban del mismo modo, aunque aquí había mayor cantidad.

Kira se devanó los sesos tratando de descubrir qué era lo que le molestaba, y por fin se dio cuenta: no había fotos. La mayoría de los escritorios que había revisado en los últimos dos días tenían por lo menos un retrato familiar, y muchos tenían más de uno: parejas sonrientes, grupos de niños con atuendos similares, imágenes preservadas de personas que habían muerto hacía tiempo. Sin embargo, en esta oficina no había ninguna foto. Eso podía significar dos cosas: que el hombre o la mujer que trabajaba allí no tenía familia —o no le importaba tanto como para exhibirla—, o lo que era más intrigante, que quien se había llevado los equipos se había llevado también las fotos. Y la razón más probable era que la persona que se había llevado las fotos fuera la misma que había trabajado en esa oficina.

Miró la puerta, donde se leía AFA DEMOUX, y debajo del nombre, en gruesas letras de imprenta, TI. ¿Acaso TI era un apodo? No le pareció

un apodo muy agradable, pero su comprensión de la cultura del viejo mundo era bastante fragmentaria. Revisó las otras puertas y descubrió que cada una seguía el mismo esquema: un nombre y una palabra, aunque la mayoría de estas eran más largas, como OPERACIONES, VENTAS, MARKETING. ¿Serían títulos? ¿Departamentos? “TI” era el único que estaba escrito todo con mayúsculas, de modo que probablemente fuera una sigla, pero Kira no sabía qué significaba. *Testeo de... Inventos*. Negó con la cabeza. Esto no era un laboratorio, o sea que Afa Demoux no era científico. ¿Cuál era su trabajo? ¿Había vuelto a buscar sus propios equipos? ¿Acaso su trabajo era tan vital, o tan peligroso, que alguien más había regresado a llevárselos? Aquello no era un saqueo al azar; nadie subía tantos pisos por la escalera para buscar un par de computadoras, habiendo tantas en la planta baja. Quien se las había llevado lo había hecho por algún motivo... por algo importante que estaba almacenado en ellas. Pero ¿quién había sido? ¿Afa Demoux? ¿Alguien de East Meadow? ¿Uno de los Parciales? ¿Quién más podría haber sido?